

R. HERNANDEZ

MI PERRA FANI



9342
7

SOCIEDAD ARGENTINA
PROTECTORA DE LOS ANIMALES

MI PERRA FANI

POR

RAFAEL HERNANDEZ

03424-



BUENOS AIRES

SECRETARIA DE LA SOCIEDAD: CALLE PARAGUAY 1061

FUNCIONA TODOS LOS DIAS SIN EXCEPCION

TELEFONOS: UNION No. 8508; COOPERATIVA No. 1004

AÑO 1897

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

134X 212



FANI

MI PERRA FANI

Buenos Aires, Diciembre de 1896.

Señor Rafael Hernandez.

De todo mi aprecio.

Permitame que le dirija ésta para agradecerle, intimamente la presentacion que tuvo á bien hacerme de su perra Fanny y de sus habilidades, que han venido á suministrarme una prueba mas de la inteligencia ~~con~~ que estan dotados los animales.

Una prueba mas, digo, porque tengo otras ante cuya evidencia han tenido que inclinarse los de la vetusta escuela que no reconocia mas que instinto mas ó menos refinado en el animal, como ser el suicidio de un burro en San Pablo (Brasil) y el de una gata hace varios años, frente al local de la Sociedad Protectora de los Animales, hecho que presencié y que, fatalmente, no tuve tiempo de evitar.

Los animales que ocurren al suicidio y que ejecutan los prodigios de su Fanny, no se me diga que tienen instinto solamente, mas ó menos aguzado, estan dotados de verdadera inteligencia, y como seres sensibles é inteligentes tienen, pues, el mismo derecho que los demas, *nosotros*, á ser bien tratados.

Necesito hacer pública esta prueba de la Fanny, para lo que ruégole me haga por escrito su retrato físico y moral á fin de que los que llegasen á leerle sepan que, con un poco de paciencia y de trabajo, que no nos falta para tantas otras cosas, se tiene con el perro no solamente un guardian y fiel amigo, sino tambien un completo y gratuito servidor.

Comprenderá, señor Hernandez, que si conseguimos hacer conocer todo lo que vale un perro y todo el provecho que de él puede sacarse, no habrá mas perros abandonados y la cámara de asfixia tendría que dejar de funcionar por falta de ocupantes.

La Sociedad Protectora de los Animales habría obtenido, entonces, un espléndido triunfo.

A la espera del trabajo que le pido, que se lo agradezco desde luego, tengo el gusto de saludarle con todo el aprecio que usted me merece.

I. L. ALBARRACIN.

Carta-contestacion al presidente de la Sociedad Protectora de los Animales

Nueva Plata, Enero 2 de 1897.

Señor Doctor *Isidoro L. Albarracín*.

Muy distinguido amigo:

Hallóse cierto dia, por acaso, un andaluz en viaje con varios caballeros, de esos protectores ultramontanos que son capaces de arrojar al sirviente por el balcon sobre el empedrado de la calle, en castigo de su残酷 por no haber puesto la cama al perro, acostumbrado á dormir en mullido lecho.

Fastidiado de oír contar tantos prodigios de inteligencia y sabiduría en perros, leones, caballos, elefantes y hasta pulgas sábias (no conocían los ratones de Pagano), sin que les llegara su turno á los toros de Veragua ni á la muleta de Cúchares, quiso también echar su cuarto á espadas como domador de fieras y refirió que él tenía una lorita tan educada para comer, que con una pata sostiene un vasito lleno de vino sin volcarlo, y con la otra sopaba el bizcochuelo y lo comía como *zi fueze persona*.

La cosa causó admiración; pero no faltó un incrédulo que objetara:

—Pues si con una pata sostiene el vaso y con la otra el bizcochuelo ¿cómo se tiene la lorita?

—¡Volando! contestó imperturbable el narrador.

Pero esta salida de Manolito Gazquez no podía disimular la andaluzada y quedó de cuerpo entero el mentiroso.

Hé querido encabezar con este cuento la narracion que usted, con la autoridad que sus notorios servicios le han conquistado, me exige en su estimable esquela, respecto á las habilidades é indicios de raciocinio que he podido observar en mi perra FANI como la llamo yo, y no *Fanny* como lo escribe usted, pues no quise darle nombre de cristiano, por mas que lo merezca igual á muchos con bautismo; sino solamente semejante, cuanto puede serlo una especie de inglés acriollado, como si dijéramos *Isman*, *Maquinlei* ó *Odogan*, que es mi apellido de abolengo femenino, lo que advierto para que no se ofendan los otros y sobre todo, alguna Fanny soñadora, por la comparacion de FANI.

Con el fin de que si alguno abrigase dudas respecto á *cómo se tiene mi lorita*, en los casos de alguna dificultad, pueda fácilmente averiguarlo, bastará haberla hecho trabajar en su presencia y la de su estimable familia, que es muy autorizado testimonio, aunque muchas personas la conocen y todas son en realidad cosas tan sencillas y hacederas, que tienen fácil explicacion.

Haré la historia completa empezando por

La adquisicion de Fani

El año de 1893, me sentí invadido por la aficion á perros que me contagió mi amigo el Dr. Mariano Paunero; me propuse comprar uno, y cierta noche, allá por los barrios mas lejanos del noroeste, extremos de la calle Mala-vía, donde me habian noticiado la venta de un Terranova, en un boliche donde llegué á preguntar, me embistió un perro cuyo color, en las sombras, no pude distinguir.

Hice mi defensa, agradóme la valentia del animal, llamé al dueño, un italiano, le propuse trato porque partia al dia siguiente para la estancia y no queria irme sin perro; pidió 20 pesos, los pagué y con un collarcito y cadena, que simuló encontrar ahí, como perdido, en que creo se leía FANNY, me lo trajo hasta un corralon donde quedó depositado.

Al siguiente dia fuí á buscarlo y advertí con disgusto que mi perro no era perro, sino PERRA, y perra brava, pues no me dejaba acercar á la cadena. Tuve que armarme de un rebenque y no sin sangre de ambas partes, dominarla; la subí al carroaje y marché á la estacion. Estudiando despues en libros, vine á conocer que era el tipo perfecto de raza Braco, de origen francés aclimatado en Inglaterra, y tales títulos nobiliarios me resarcian en parte mi desagrado.

Tengo un libro en que estan pintados los tipos mas caracteristicos, y el de este parece el retrato fiel de la *Fani*. Tambien sospeché que debia ser robada á algun inglés, pero salvé mis escrúpulos con la teoría de Balbastro y dije:—*Vaya una perra á cuenta de las Malvinas* (¹).

En cuanto á la edad, seria como de un año ó poco mas. Desde que comprendió quien era su nuevo dueño se mostró lo mas sumisa y cariñosa; no se apartaba un instante de mi lado, ni permitía que nadie se acercase. Así justificó el dicho de que «para ser buenos amigos es menester pelearse á lo menos una vez».

Gustaba de preferencia comidas condimentadas, y gusta ahora, pero no las tomaba si yo no intervenia. La sirvienta habia de rogarle y darle bocados en la boca para comer.

(1) El Doctor Balbastro, de familia distinguida de Buenos Aires y muy conocido por sus extravagancias rayanas en locura, compró cierta ocasión en una casa inglesa introductora, un paquete de medias que le fiaron, aunque por un precio tres veces mayor que su valor en plaza:—*ja good bargain!* pensó el de Albion.

Pero *the bitter* vino al cobrar la cuenta, pues al fin de muchos viajes inútiles tuvieron que demandarlo judicialmente, y el Dr. Balbastro se presentó al tribunal á satisfacer la demanda, no con dinero contante, sino con un cartapacio de escrito y sus documentos fehacientes de ciudadano argentino. Pretendia probar que, como tal, le correspondía una parte en las Islas Malvinas; que habiéndose apoderado de ellas los ingleses, los demandantes tenian su parte alicuota en los beneficios del despojo, y por tanto oponía la compensación de créditos, y pedía su liquidacion final. Así, merced á la codicia del mercader inglés, se armó de excelentes medias á cuenta de sus derechos nominales á las mencionadas islas:—*a bad bargain!*

A los pocos días tuve que hacer un viaje y *Fani* quedó en mi cuarto al lado de las botas y ropas de campo que me había mudado; pues durante tres días no permitió que nadie entrase á acomodar el dormitorio, ni que tocasen nada.

Introducían una caña por la rendija para alzar las botas y se abalanzaba furiosa. Solo el hambre y los mimos de la familia lograron dulcificar su carácter y hacerla capitular al tercer día.

A mi regreso comprendí que había mucho partido que sacar de semejante animal y aunque conservaba el disgusto por el sexo, reflexioné que para algo intervenía con insistencia el destino, pues el año 1860, queriendo tener un perro de cría muy hermosa (de aguas, blanco y lanudo), resultó que la madre tuvo puras hembras, y me conformé con una, la que aprendió cosas admirables. Era gimnasta—entendía todo—y gran punguista de cobres á los muchachos de la calle y de frutas á los puesteros del mercado. Esto la enseñé cuando emigré á Montevideo, donde la llevé, en la seguridad de no pasar hambre: por fortuna su habilidad se redujo á simples gracias.

Visto que las dos veces que quise tener perro, fué mi deseo contrariado, me resigné filosóficamente y emprendí su educación.

Las cosas que se imponen contra nuestra voluntad, resultan siempre lo mejor: al menos es mi experiencia.

Generalmente miramos el porvenir por un canuto que solo tiene una lente: nuestro deseo; así resultan las imágenes invertidas, los hechos, las cosas y las personas patas arriba; en el caso presente creo haber ganado una experiencia: que en estos animales *la hembra es más apta para la educación que el macho*.

No solo es fuerte y resistente, sino más dócil, juiciosa y reflexiva. Si esto resultara verdad ya sería algo.

Fani no sabia absolutamente nada: ni alzar la pelota, ni rastrear, ni parar la perdiz, ni pude descubrir nada que indicase un principio de educación en ella. Empecé por enseñarla á obedecer, traer la pelota, el pañuelo, el cepillo para su lavado, los diarios, y otros objetos. Despues de algunos meses de campo la llevé á La Plata y el verano de 1894 lo pasamos nuevamente en la estancia, de donde la traje á Buenos Aires á los dos años de su ausencia, viniendo á vivir en la Avenida de Callao entre las calles de Santa Fe y Areiales.

La prolijidad en estos datos tiene su objeto.

De cómo la *Fani* ha revelado un sentido precioso de que carece el hombre

Por lo expuesto se deja comprender que no solamente ignoraba en absoluto la localidad en que se hallaba, sino que aun la ciudad debía serle totalmente desconocida. Si alguna vez hubiera pasado por ella, transcurridos los dos años de ausencia en La Plata y en el campo, no podía un hombre, de celebró bien constituido, conservar ninguna noción topográfica respecto á rumbos, sitios y distancias. Menos podía esperarse de ningún animal.

A los pocos días de llegar, en una fria noche de invierno, salí con ella en un coupé de plaza, por Callao hacia el Sur; á pocas cuadras la hice bajar para que corriese un rato en la ancha Avenida siguiendo al coche, como hacia en el campo. En la calle Alsina la alcé y encerré de nuevo, para que no se extraviase á causa de los carruajes, hasta que descendimos en casa de un pariente, calle Piedras y Belgrano: mas de 25 cuadras de distancia, y la mitad al menos encerrada en el coupé y doblando en varias calles.

A las once emprendí el regreso siguiendo *Fani*

á la vista del coche, pero ya por distinta ruta, pues tomé por Esmeralda hacia el norte, cuando al llegar al teatro Odeon ó San Martín, viendo que había un centenar de carruajes, paré el mio para recogerla. ¡Imposible! Ya se había extraviado.

La llamé y la busqué inútilmente un cuarto de hora hasta que, convencido de su perdida dí cuenta en la comisaría é hice circulares telegráficas á las secciones, después de lo cual regresé cariacontecido y jurándome una cura radical de mi afición Paunérica.

Excusado es decir, que en mi casa, hasta los sirvientes participaron de mi pena. Se había hecho querer de todos por su carácter agridulce, pero al fin carácter, y tambien por sus buenos servicios.

El vacio se notaba ya.

Haria una hora que me hallaba en cama y las niñas levantadas, repitiendo que *Fani* podria volver, á lo cual yo, con mi autoridad de ingeniero geógrafo y larga práctica en agrimensura, afirmaba ser tan imposible como hacer sudar á un perro; y para demostrarlo explicaba las variantes del itinerario recorrido, gran parte en coche cerrado, sin dejar rastro posible ni medio alguno para que ser humano pudiese acertar con la casa sin tener como Teseo en el laberinto de Creta el hilo de Ariadna, ó al menos requerir á los transeuntes diciéndoles calle y número, cuando en esto, una de mis hijas mas insistente, ó atraída por algún leve rumor abre el balcon, recibe en el rostro la menuda llovizna, pero descubre á la *Fani* en la puerta de calle, exhalando lijeros gemidos para anunciar su presencia.

Renuncio á describir las locas expansiones de su incontinente regocijo, cuando se halló adentro: saltó á mi cama como loca, me acariciaba y restregaba, volvia á cada una de las niñas, me saltaba de nuevo, gemía y, Dios me perdone, creo que hasta lloraba de alegría.

Comprendia y apreciaba el peligro que había corrido y celebraba orgullosa, con la satisfaccion de un hombre alborozado, el triunfo de haber vencido con su esfuerzo propio, aquel riesgo á que hubiera sido quizás indiferente un muchacho de nueve años.

Desbordaba netamente su alegría por la vuelta al hogar de su existencia habitual, y al centro de sus aficiones cariñosas. Expresaba satisfacción por una obra buena que nadie era capaz de consumar; orgullo de haberla realizado sin auxilio extraño, y exigía y se apoderaba con libertades no comunes del premio legítimamente conquistado. Hasta me atreví á sospecharle propósitos firmes, (que después ha realizado) de no apartarse de mi lado en nuestras calles. Hoy salgo en coche y en tranvías, pero marcha siempre al lado mirándome.

Mientras no se me demuestre que un hombre, en idénticas ó análogas circunstancias, es capaz de hacer lo mismo, entregado á sus propios recursos, mantendré la temeraria opinión de que este animal no solamente está dotado de cierta luz de razon, sino que posee un sentido moral geográfico, que no pueden dar las academias, y que á poseerlo el hombre, trastornaría la civilización humana.

Este sentido no es privativo del perro: lo tienen la paloma, el caballo, el cerdo, la tortuga y muchos otros para hallar sin equivocarse, el sitio que los abriga, la hierba que los cura y el alimento que los nutre:

Aprendé de las hormigas,
No van á noche vacío.

Martín Fierro.

Fani resuelve un problema doméstico

Soy, desgraciadamente, viudo, y habito un departamento independiente de mis hijas. Los sirvientes de ellas son naturalmente mujeres y por tanto con dificultad puedo tener el mio propio sin que haya contiendas de cocina. Acostumbro trabajar hasta casi la madrugada y por la mañana gusto el mate en cama mientras leo los diarios.

A veces suelo escribir antes de hacer mi policia personal, y si he de estar cómodo, mi traje no es siempre presentable ni á mucamas, por lo que tenía que vestirme temprano ó privarme de los diaarios y del mate: dos necesidades relativas pero bastante imperiosas. Todo un problema doméstico cual puede considerar quien se ponga en mi caso. Solamente la *Fani* podia resolverlo.

Ella duerme siempre á la puerta de mi aposento, como verdadero guardián y en tres ó cuatro mañanas frias que me molesté á bajar las escaleras, llegar al buzon del escritorio, hacerle alzar del suelo el diario, traerlo á mi aposento y permitirla saltar y echarse un ratito á mis pies en la cama, lo aprendió con tanta facilidad que en cuanto le decia—«*Fani* el diaario!», se alzaba como un resorte, bajaba corriendo las escaleras, subia con el diario y cobraba su honorario de *confort*.

Cierto dia, despues de entregarme el periódico, en vez de saltar sobre la cama, se volvió rápidamente y aunque la llamé, no hizo caso y siguió su viaje; un instante despues se presentaba con otro impreso en la boca, una revista que habian echado por el buzon.

Llamóme la atencion que hubiese traído primero *El Dia*, que es el que llegaba temprano, y para probar si era ó no casual dejé por la noche otro periódico en el sitio. A la mañana siguiente repitió la operacion: primero me trajo *El Dia*, despues el otro diario.

¿No es un principio de razon el que la permite conocer y elegir el diario que acostumbro ver, para presentármelo primero? Mucamos hay de 50 pesos mensuales, con casa, comida y sisa, que rompen mas de lo que limpian, aunque suelen limpiar bien roperos y bibliotecas, pero que no sabrian discurrir con tanto acierto.

El segundo término de la ecuacion era el mate. Una tarde, mientras leía en el patio, puse la sirvienta en el extremo opuesto con los avios; me había provisto de una canastita con asa, á propósito, y explotando ya el jueguito de llevar y traer objetos, comenzó á alcanzarme el mate.

Al dia siguiente, despues de entregarme el diario la mandé á la cocina y á poco entraba conduciendo con el mayor cuidado el mate, lo entregaba muy humilde y me lanzaba esa mirada expresiva, en que, como un paralítico, hace saltar el alma á su pupila. Un cariño y—*suba á la cama*,—era toda su ambicion. Salta, se acuesta y espera á que la llame de nuevo.

Desde aquel dia estuve admirablemente servido en mi aposento, sin anarquias domésticas.

Fani entra y sale con el mate sin preocuparse de nada; me trae los diarios, recibe de los carteros la correspondencia, reparte á cada una de las niñas la que les remito, distingue á todas por sus nombres y en invierno exige de aquella á quien entrega cartas, con cariñoso *mimo*, que la deje subir un ratito sobre la cama. ¡Está siempre tan limpia!

En la estancia el servicio del mate es mas serio, Cuanto me despierto calzo gruesas botas y salgo á la quinta, al corral, á los rastrojos, que siempre distan hasta 500 metros de las casas. *Fani* acarrea desde la cocina el mate, salta cercas, pasa por entre los alambrados, sin volcarlo, corre en mi busca, me lo entrega, y espera hasta que se lo devuelvo y retorna con su canastita en suave trote á la cocina. Se sienta en la puerta mientras se lo llenan de nuevo y está mirando á donde me traslado para no perderme de vista en cada viaje.

Así, atendiendo trabajos, tomo á campo el mate caliente y jamas derramado, pues mi *mucama* tiene en esto singular prolijidad.

Muchas personas me han confesado que si no lo hubieran visto habrian creido que era algo como el cuento de la lorita.

A veces se cansa, y entonces es cosa de no creer las riñas que sostiene con la mucama. La gruñe y hasta la tira el mate, y como la amenazan con llamarla, lo recoge con muy mal modo y sale gruñendo, pero al llegarse á mí cambia en una humildad evangélica. Es escena de personas.

Fani portera

En verano y á veces en invierno, acostumbro dormir con la puerta abierta, pero á la madruga-dá el fresco y la luz me incomodan—llamo á Fani, la mando cerrar la puerta y lo hace con toda exactitud; luego retorna á su cama hasta que la lla-mo para que traiga los diarios.

El cerrar y abrir las puertas es cosa que hace con la mayor facilidad, á veces con una mano, á veces con el hocico y cuando tropieza con alguna dificul-tad se impacienta y entonces con las dos manos se levanta y dá un violento portazo.

Suele acontecer que, no conociendo el batiente de la puerta, al menos en casas agenas, en vez de cerrar abre, y viceversa, como le sucede á cualquiera de torcer una falleva al revés. Fani discurre sobre el caso, discierne si se le ha mandado abrir ó cerrar, y visto que de un lado no puede cumplir la órden, da vuelta y empuja por el opuesto hasta conse-guirlo.

Luego viene muy ufana, batiendo su media cola y meneando el anca como una chula con manton de Manila, á recibir en caricias la aprobacion de su trabajo.

Diré de paso que esa *media cola* debe ser caracte-ristica del tipo. Así aparece exactamente en el mo-delo antes citado, y de los 47 hijos que en cinco da-tas ha tenido, muchos nacieron rabones, algunos con dos vértebras, aunque el padre era *pointer* im-portado y de cola como látigo. Excusado es decir que me los quitaban de la mano y hasta me roba-ron muchos.

Tambien puede ser este un signo aristocrático, admitiendo como descendencia del perro de Alci-biades, cuyo *rabonamiento* tuvo la virtud de pre-ocupar tanto á los atenienses, que apartando por algun tiempo sus miradas del héroe, le permitieron desenvolver alguno de sus atrevidos proyectos.

Fani mucama

Por la mañana, á mi orden, abre la puerta, saca fuera su cama, una magnífica piel de carnero muy cuidada, trae los diarios y cartas á su amo, aproxima con el hocico la salivera tan necesaria al fumador, sirve el mate, alcanza las zapatillas ó los botines, las medias, cuanto se le pide, y luego parte á alguna ligera excursion.

Su toilette

Cuando me baño dejo abierta la espita de la lluvia, la llamo, y ya entra á ocupar mi sitio. Recibe primeramente los finos chorros en la cabeza y al cabo de un minuto mas ó menos, adelanta un paso, despues otro, y así sucesivamente se baña desde la cabeza á la cola, empleando como diez minutos: invierno y verano.

Luego sale muy despacio, atravesia la sala de la biblioteca, sin pisar ni un papel, ni sacudir el cuerpo, hasta que se encuentra en el patio. Allí el sacudirse, y moverse, y enjugarse de mil modos; pero jamas se echa en el suelo, ni se revuelca, ni se aproxima á refregarse en paredes, muebles ó personas.

Sus quehaceres habituales

El resto del dia atiende á los carteros, recibe y entrega á destino la correspondencia, las cuentas, las muestras de las tiendas. Si yo estoy en casa, las cartas me las lleva á mí. Yo las distribuyo; sube escaleras, busca por todas partes y cumple con toda seguridad. Si la mandase llevar cartas al buzon, lo haria. Tenté mandarla con un papel á comprar en la confiteria, pero renuncié por ser cosa peligrosa, mas cuando yo la llevo, compra sus masitas, paga, recibe el vuelto y me las trae en la boca sin oprimirlas siquiera, para que se las dé su amo.

En mi escritorio he suprimido el timbre porque *Fani* está siempre á mis piés en su felpudo. La mando llamar á un chico llamado *Perico*, ó la *muchacha* y los distingue bien; vá, lo toma con los dientes por el delantal, y quieras ó no quieras, sin considerar razones ú ocupacion, no lo suelta hasta que le recibo el prisionero. Cuando no lo encuentra vuelve muy compungida á dar cuenta como si tuviese la culpa en no cumplir, pero se hace entender que no está en casa ó no lo ha hallado.

Por el traje ella conoce al que es sirviente, y así, cuando hago alguna experiencia en casa extraña, sucede lo que V. presenció, que no se atrevia á tocar la ropa de ninguna de las niñas, y fué necesario que una de ellas se improvisase un delantal, para que obedeciera la orden de traerla. Entre varias personas presentes distingue al que es sirviente.

Esta distincion de las personas por el vestido es muy comun en todos los perros. A veces parecen hombres; pues para ellos el hábito hace al monge —como *Grillo*, aquel personaje de gran fachada que está siempre en la calle Florida repartiendo saludos á los coches particulares sin dignarse mirar á los de plaza, los perros respetan al que vá lujoso y atropellan como fieras al harapiento.

Sin embargo, no siempre se dejan llevar de las apariencias y suelen ser mas filósofos que poetas. A propósito: Obsérvese con prudente cautela aquel amigo oficioso de la casa, á quien *Mastín* no acoge con su habitual amabilidad—es quizá un sentido aparte de que carece el hombre, pero que se manifiesta amenudo en las mugeres y los perros.

Fani trágica

Jamás hubiera creído que la fisonomia de un perro pudiera expresar nada, así es que me llamó la atención cierto dia este caso: la mando traer á la mucama que se hallaba ocupada en algo urgente, pero como tironease tanto, deja su ocupacion y la sigue no tan ágilmente como su conductor exigia.

Por el camino se le ocurre desatarse el delantal y *Fani* siguió con él muy horonda á entregármelo.

Yo que veía la estratagema, dije á la sirvienta que se ocultase y cuando llegó *Fani* la interrogó muy serio:—¿Y Vicenta? ¿dónde está Vicenta?

Ella, que estaba segura de tenerla, ¡que la traia á remolque un momento antes! y que no podía explicarse la operacion mágica de desligar una persona de su traje, volvia azorada la cabeza á todos lados, abria tamaños ojos y expresaba tan evidente estupor que no era posible dudar de la impresion que la dominaba. En cuanto la descubrió de nuevo, cambió la escena en alegría triunfante y aseguró la presa.

Lo mismo expresa el miedo, el deseo de cualquier cosa y lo que es mas raro, la VERGUENZA.

Sí, señor presidente: V. ha podido juzgar que *Fani* tiene vergüenza. La llamo, la acaricio, la pido la mano, y está muy gozosa en la afable compañía; de repente hago como que percibo mal olor en su mano, ó cosa así, y la digo:

—¿Qué has pisado *Fani*? Qué olor tienes! Puff!

Ya sale la pobrecita tan cabizbaja, con las orejas caídas, tocando con el hocico en el suelo y tan claramente mortificada y corrida, que no ha pasado una sola vez, sin que las personas presentes no se conduelan con lástima de tanta humildad y bochorno pidiéndome en el acto que la llame y disipe tan penosa impresion. A V. mismo y demás presentes les causó tal efecto. Esto no ha sido enseñado sino espontáneo. A veces cuando está muy afligida, su piel forma una arruga cayendo sobre la frente.

Para hacerla salir de cualquier parte basta soplar ligeramente ó cuando mas decirle: —*Fani*, hace calor.—Ya se levanta y se aleja.

Cuando la echan con violencia ó como se espanta á cualquier perro, se ofende y se retira de mal modo, medio gruñendo. Donde la mando sentarse no se mueve; así es que en casas de alguna confianza la llevo siempre y no incomoda: por el contrario, llena un número de la tertulia.

Así como tiene vergüenza tambien tiene vanidad; cuando en la estancia salgo á caballo siempre quiere

subir en ancas y aunque sea un ratito hay que consentirla; me alcanza las manos y uno la alza de las patas, como se hace (sustituyendo valores) con una mujer; se tiene bien al galope, y hasta en pelos, pues sabe andar sola.

Me trae el caballo del galpon, alcanza mi sombrero, el látigo, el pañuelo del cuello, la mantita vicuña y cuanto necesito; viéndome en actitud de montar no consiente que nadie me alcance nada sino ella —lo arrebata de las manos al que lo trae. Si salgo en tilburi ó en coche, salta sin mas trámite y se coloca adelante muy erguida.—Hay que verla con cuanta arrogancia se endereza sobre sus delanteras, alza la cabeza y mira hacia todos lados y á la distancia los objetos; con cuánto desden contempla á los demás perros que van á pata!

No es mas soberbio un cochero de casa grande, ni vá mas inflada la belleza que pasea sola en el bosque de Palermo, que Fani en coche; pero como al fin la sangre corre, cuando vé á los otros perros disparando como dardos tras las martinetas que abundan, olvida los encantos vanidosos de una civilizacion sedentaria, y vuelve á ser la perdiguera de raza.

Fani cómica

Fani no habla, pero entiende mucho, y si se trata de ella, aún mas; entonces se incorpora, agita la cola, mueve el cuerpo con sandunga de andaluza y viene á hacer sus mimos.

Pocas veces le digo las cosas directamente, sino con rodeos, y lo entiende.

Por ejemplo: ha entrado á una habitacion dejando la puerta abierta, la digo:

—*Fani*, ¿eres raza de zorro que tienes miedo que la puerta te apriete la cola?

Como tocada por un mecanismo dá vuelta y cierra la puerta.

Para bajarse del coche: —Casi seria mejor que te bajases. En el acto se baja.

Cuando se echa al sol:

—Te va á dar un tabardillo si no pasas á la sombra; lo hace en seguida.

Todo un proceso completo de discernimiento se opera en este animal.

Por este estilo muchas veces y muchas cosas—rara vez falla—parece que le bastara escuchar la palabra que conoce, intercalada en el discurso, para conjeturar el resto. La mando sin mirarla y es lo mismo.

La hago subir en una silla comun, se coloca de pie, apoya las manos en lo alto del respaldar, á modo de púlpito y se pone á predicar; su elocuencia está en la cola, y los movimientos mas ó menos agitados indican los grados de su calor oratorio.

Por fin sube de punto á tal extremo que cuando la digo—Mentira! ¡Eso es falso! salta por sobre la barandilla y con el empuje tira el púlpito al infierno.

Fani gimnástica

Como un perro de volatin, se tiene en equilibrio en una silla y con otros perros hace muy bien el *salto de los pescados*, como los payasos; y otras cosas por el estilo.

Sube y baja escaleras empinadas—salta sobre el baston como barrera, pasa entre los alambres de cerco con la canastita en la boca, saltando con el cuerpo de costado, es rápida en la carrera y á resistencia vence á muchos, incluso el «Tito», de raza *Sether*; pero se nota que es mas Ateniense que Espartana: prefiere el Liceo al Circo.

Fani chasquera

Cuando estoy en el campo, allá por la quinta ó la nória, y necesito una herramienta ó algo de las casas, escribo un billete y la mando de chasque á entregarlo á una de las niñas. Cumple y no se separa hasta que se le ha dado cualquier cosa, otro papel por lo menos, en contestacion. En este sentido presta verdaderos servicios porque es puntual, activa y diligente. Muchas veces me ha evitado hacer galopar un peón distrayéndolo del trabajo.

Fani casera

Ella cuida del aseo en los patios de la estancia, no consiente invasiones de gansos, patos y gallinas que ensucien, y muchas veces, de *motu proprio* se abalanza y las corretea. Tampoco consiente gatos ni ratones en los dormitorios, de noche, pues al menor rumor avanza y naturalmente los ahuyenta.

Aunque duermo con la puerta abierta, no es facil que me apriete cualquier desconocido. Antes habria de pasar sobre el cadáver de mi guardian. Si la dejo cuidando el escritorio, nadie entra.

El criterio de Fani

Por lo que dejo dicho, se vé que muchos rasgos de criterio y hasta de juicio se revelan en este animal.

Las cosas y objetos que conoce, no los confunde.

Las dificultades con que tropieza las allana.

Si trae el baston en la boca y no puede pasar la puerta porque tropieza, retrocede y se pone de costado; si lo volteo lo toma de un extremo y pasa. Entre varios bastones, distingue el mio. Pongo á distancia el baston, un diario y un pañuelo, le pido cualquiera de los tres y rara vez se equivoca. En una casa de mi distincion puse una vez, sobre un sofá mi pañuelo y una pantalla, la que acababa de alzar del suelo—la pedí el primero y me lo trajo, pedí la pantalla y la trajo igualmente.

Habia aprendido muy pronto el nombre de la pantalla, ó debió operarse un proceso de raciocinio en su celebro, pues no conociendo de antemano el objeto, sino por haberlo levantado y dicho su nombre una sola vez, solo discurriendo por eliminacion pudo acertar y lo hizo inmediatamente sin la menor vacilacion.

Dos meses despues repetí la visita en esta casa, y en presencia de los numerosos y distinguidos tertulios, se hizo la experiencia de colocar la misma pantalla en una silla, sin que la viera. En seguida la llamé y la dije:—Fani, ¿te acuerdas de la pantalla? ¡Búscame la pantalla!

Salió como flecha, recorrió los sitios apartados de la sala, husmeó por los rincones y al fin descubrió sobre una silla el ansiado objeto de sus diligentes pesquisas. Apenas la vió se apoderó de ella sin vacilar, asiéndola por el cabo y me la presentó.—Entrégasela á la señora, la dije: y en el acto se la llevó á la mano.

Un nutrido aplauso de la concurrencia la puso mas sobérbia que un vencedor de juegos olímpicos, y todos hubimos de convenir en que *Fani tiene memoria*.

Para aproximar la salivera en el vestíbulo, cuando está algo retirada de mi sitio, la aproxima primero á la pared empujando con el hocico y luego aprovechándose de ese recostadero por un flanco, la trae con suma facilidad—es táctica de su propio discurso—pero la modifica segun las circunstancias si encuentra algun obstáculo imprevisto en su campo de maniobras. Y es notable como sabe aprovecharlo.

Ella no sigue á nadie que la llame á la calle, ni al sirviente que la cuida, salvo que yo, ó alguna de las niñas la mande; pero he ensayado mandarla con personas extrañas y obedeció, aunque al principio volvia la cabeza como interrogándome admirada de semejante novedad. Hoy vá pronto si le ordeno.

Hace dos años, cuando se prohibia andar en la calle perros sin bozal, aunque tuvieran patente, cada vez que se quería sacarla se la pedía á ella su bozal; corriendo lo traía y lo presentaba para que se lo pusieran. Si algun deseo urgente la instaba á salir, ella misma presentaba su bozal.

Ahora que sale sin él, en circunstancias análogas, me ha traído expontáneamente al sirviente para que lo mande con ella, pues jamás sale sola. La comprendí y fué fácil conocer que había obrado conforme á sus conveniencias.

Dias pasados tomábamos en familia helados de crema á que es decididamente aficionada.

Como no se habian cuidado de participarle, quizá por no haber observado sus mudas instancias, y discurriendo como un profesor de lógica, que la cosa podia concluir sin su intervencion, se me presenta de repente trayendo al sirvientito por el delantal—al principio me extrañó, por que no habia pensado en llamarlo, pero fueron tan vivas y expresivas sus manifestaciones, que todos comprendimos que lo traia para que le ordenara darle helados.

—¿Es que quieres helados?, la dije.

Con la cola, con los ojos, con todo el cuerpo expreso su asentimiento. Se le dieron y los devoró.

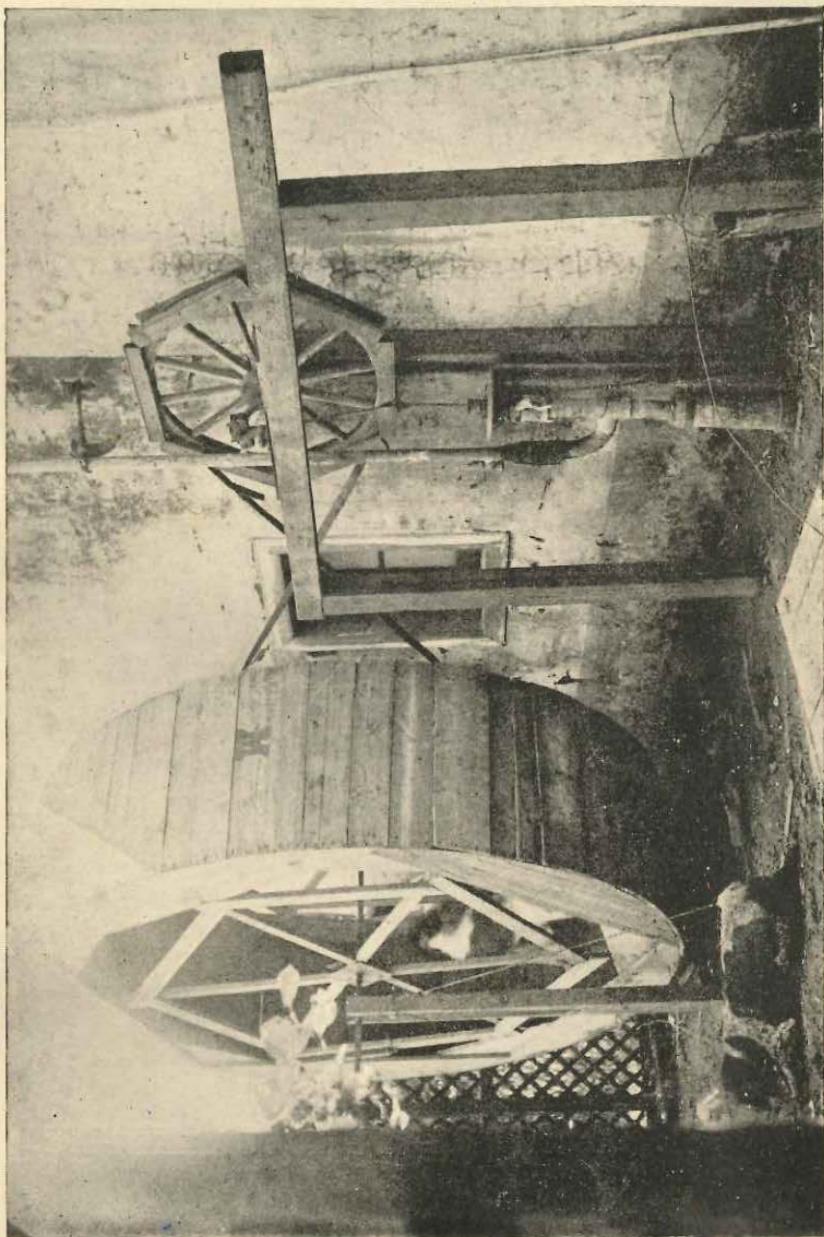
Fani viajera

No me causa la mas pequeña molestia en los viajes. Está tan acostumbrada al tren que se dirige á la perrera y la conocen los guardas.

En el carroaje se instala sin molestar y se hiergue al lado del conductor como un auriga de blasonada librea. Conoce cuando voy á salir y no llevarla. Al ver arreglar la balija y demás preparativos de viaje, no se aparta de mi lado hasta el momento de despedirmé de la familia y entonces, en vez de saltar con alegría al coche, se retira silenciosa, volviendo de vez en cuando la cabeza entristecida, cual si quisiera despedirse con su melancólica mirada. Se recoge á mi departamento y en muchas horas no sale. Pero cuando regreso ¡qué algazara y regocijo! Mas no salta ni pone las patas en la ropa.

Fani pelotari

Soy un razonable jugador de pelota pero á cesta, y me sucede con frecuencia ir al club á horas que no hay con quien armar partido—entonces entro á pelotear solo, pero como la cancha es grande y el peloteo largo, muchas veces queda la pelota á 20 ó 30 metros y es mas lo que se anda en traerla que en jugar.



FANI DESCANSA MIENTRAS SU HIJO TRABAJA

Así cada dia tenia que buscar alguno, rogarle y pagarle para que hiciera este molesto oficio. Ahora no: *Fani* permanece alejada en un rincon, vigilante por algun pelotazo importuno y no se mueve hasta que con los ojos ó una palabra la mando. Cuarente ó cincuenta metros los salva en segundos, y me entrega la pelota en mano sin morderla ni mojarla.

Fani motor

Si yo dijera que mi *Fani* es quien tira el agua del pozo para el baño y demas necesidades de mi servicio, serian capaces de creer algunos que es el cuento de la *lorita*. Nada mas cierto sin embargo.

En mi casa de campo hay dos departamentos, con baños é inodoros, servicio de agua en la cocina, en dos jardines y una pileta de pescaditos. Mas de doce personas se lavan, bañan y consumen agua corriente de un depósito que tiene un metro cúbico de capacidad á cinco de altura. Hay que llenarlo dos ó tres veces diariamente, en verano.

Semejante trabajo es muy penoso para los peones, pues cualquier gaucho prefiere galopar cinco leguas nevando, que mover una hora los brazos en trabajo tan monótono y fatigoso.

Un molino á viento cuesta mil pesos, es caprichoso y sucede que si necesitamos agua, ha de esperarse á que sople viento, y si es récio rompe la maquinaria que es difícil de componer.

Para obviar esto, mi hijo ha arreglado un tambor giratorio que tiene como tres metros de diámetro y sesenta centímetros de caja, el que por una correa de trasmision, al girar sobre su eje, mueve la bomba y llena el depósito.

La *Fani* ejecuta perfectamente el trabajo del *perro afilador* en el cual la reemplazan admirablemente un hijo de ella *Tamar*, que tambien sirve el mate (le enseñó *Fani*) y un *Sether* puro, que con él trabajan á la par.

Es un gozo verlos trotando al mejor compás y sin detenerse, hasta que una campanilla automática avisa que está lleno el depósito y han concluido su trabajo. Veinticinco minutos tardan en alzar los 960 litros que contiene. Todo esto es bello, útil, económico y fácil.

Idónea en agrimensura

Ya que el sexo femenino vá invadiendo, abanico en mano, nuestro campo, y tenemos doctoras médicas, abogadas, bachilleras (sin malicia) farmacéuticas y aspirantas á ingenieras, me perdonaran los señores *Idóneos* que han inventado este título Facultativo en Farmacia, por habérselo acordado EX-CATEDRA, á Fani, en agrimensura.

Cuando me hallo en la colonia Nueva Plata, á menudo tengo necesidad de recurrir al ejercicio de mi profesion, y ejecutar pequeñas mensuras en chacras ó quintas, ya para trazar un alambrado como para calcular un trabajo de sementera, ó deslindar alguna concesion. En tales casos, no pasando de 20 ó 30 hectáreas, me bastan dos peones, cualquiera, y mi ayudante *idóneo*, que es Fani.

Procedo así: Iniciada la línea, el peón delantero conduce el teodolito, los piquetes, y los jalones de repuesto; el otro coloca la manija de atrás de la cinta metálica, que sustituye á la cadena, en el punto de arranque y sucesivamente en los piquetes de señal que el delantero vá dejando; Fani conduce la dicha cinta sujetá á su collar por una cuerda como de dos metros, y sin precipitacion ni tardanza, sigue rectamente tras de mí, la línea que voy prolongando con los jalones, sin que sean causa para hacerla desviar los cardos, ni las espinas del camino.

Si se trata de medir un cerco ó un campo labrado cuyo marco está bien definido, no se aparta de esa línea aunque yo me separe algunos pasos; á campo-traviesa me sigue con toda exactitud. Cuando el *cadenero* de atrás le dá la voz de ALTO, se detiene hasta que el de adelante clava el piquete de señal y le dice:—Siga.

Ejecuta esto, con tanto reposo y atencion, que parece tuviera conciencia de la gravedad de las funciones profesionales que en aquel acto desempeña.

Cuando en el travecto sale de improviso una perdiz, ó pasa algun raton ó conejo silvestre disparando, sus nérvios se crispan, los ojos se iluminan con fulgores de áscuas en sus órbitas, se electriza todo el cuerpo, y aquella fisonomía sin gesto se anima con viveza centelleante; pero sabe contener sus impulsos naturales y no hace el menor arranque ni se aparta de la linea que viene siguiendo.

Reflexiónese imparcia mente: cuánta enerjía, cuánta presion nerviosa, cuánto dominio propio, cuánta fuerza de voluntad educada necesita poseer un perro de raza, para ver salir una perdiz á su lado y no lanzarse como flecha tras la codiciada presa. ¡No hay muchos hombres que sin las lecciones de Stuard Smilles sean capaces de dominar así sus ímpetus pasionales!

Aunque en realidad el trabajo material no es grande, comparado con el de la noria, pero no es menos importante, pues muchas veces falta un peon para un trazado urgente y si lo hay, es menester emplear un buen rato en explicarle el procedimiento y ensayar antes, lo que Fani ejecuta con la mayor facilidad.

Si hubiera de hacer un trabajo largo, le arreglaría una guarnicion con el tiro para la *cintá*, á fin de aliviarle el peso, y me serviría como un hombre.

Recomiendo á mis colegas en ejercicio que tengan un perro—y les servirá como guardian—es amable compañero en las soledades—sorprende á la cacerola con perdices, peludos, piches y mulitas—*pointer* para cazar en los pocos dias desocupados—es ayudante *idóneo* en la *cadena*—paga corto pasaje—no cobra honorarios y la felicidad rebosante de que disfruta se comunica á toda la cuadrilla.

Física y moral

Segun puede Vd. ver por el retrato que tuve el gusto de enviarle, *Fani* es de color gris con amplias y lucientes manchas negras que la cubren ambos costados y el dorso, formando como una chaquetilla de torero; en la frente tiene una chorrera blanca que resplandece entre el negro lustroso de su cabeza y grandes orejas que al correr flotan como banderillas ó batan como álas de su cara expresiva, por grandes ojos animada.

Sus formas son elegantes—su complexion robusta—sus posiciones gallardas—su piel un terciopelo—su carácter complaciente—su aseo irreprochable—sus costumbres respetuosas—su obediencia sumisa y sus habilidades varias.

Despues de comer acostumbro reclinarme en un sillón á fumar, meditar ó dormir un rato. *Fani* se coloca á mi lado ó se pone á espiar las lauchas, pero al cabo de media hora cuando más, me interrumpe moviéndome con su mano ó con el hocico, para que despierte y la saque á paseo. Esto le ha enseñado mi familia, que es opuesta á dejarme dormir despues de comer, y ella lo ejecuta con admirable puntualidad por la cuenta que le tiene. Me deja reposar un rato y nada mas.

Para comer es lo mas pulcro: los alfajores y plantillas le gustan mucho, pero si le ordeno no comer una cuando la tiene en la boca, no lo hace hasta que le digo: *cómala*.

Jamas se rasca ni comete ninguna impropiedad social, así es que, niños y damas pasan con ella ratos muy entretenidos y ella goza prerrogativas propias de una princesa....canina. ¡Si buenos bocados come, buenos azotes le cuestan!

Y basta de *Fani*

Podría aún referir otras cosas de menor cuantía, como alcanzarme en el campo el rebenque si se cae, tener el caballo si me apeo, alzar un botón que se

desprende, y hasta un papel ó una moneda de níquel, pero las dichas son las que se relacionan con los servicios de verdadera utilidad que puede prestar cualquier perro educado.

Fani no es un prodigo, sino simplemente una muestra de lo que puede hacer cualquiera.

Refiérole sus habilidades, para que usted con su espíritu propagandista y su característica afición á estos animales, saque en favor de ellos un partido que puede beneficiar á los hombres y á los perros.

Favoreciendo la especie

Este año me propongo conseguir que varios puesteros adiestren su perro para cuidar bien la majaada, y será de grande utilidad.

Por mi parte creo que una de los mejores maneras de proteger estos nobles animales, es educarlos para que sean útiles. Un animal que come, que molesta, que ocupa sitio en casa estrecha, que requiere casi un sirviente para su atención y cuidado, es realmente una hipoteca que no todos pueden sufragar. Es capricho de rico.

Como este animal es tan social y simpático, las familias satisfacen la inclinación natural, cuidando esos falderos tontos y repugnantes.

¡Cuán hermoso es ver una linda niña, sonriente y débil, sujetando con una vistosa cinta de seda al enorme mastín que, á su lado, representa la fuerza, la lealtad y el valor, en noble custodia de la inocencia y la virtud!

Si educáramos á los perros para que presten alguna utilidad, no veríamos en la cámara de asfixia, ó atorrando por las calles, muchos representantes de razas selectas y capaces de un verdadero servicio. Cada ser en la tierra debe bastarse á sí mismo, llenar sus necesidades sin gravitar sobre los demás, y si se considera que con desperdicios vive un perro, cada casa puede disfrutar con él de una satisfacción y un provecho.

En la ciudad, no hay perro que no pueda servir de algo: traer encargos; ir de una casa á otra de la

familia; conducir atados ó la canasta de mercado; ir con la libreta al almacen; traer en una canastita los artículos; ir con las niñas á la escuela, llevando libros; tirar del cochecito de paseo á niños, tullidos ó lisiados; recibir las cartas; limpiar de ratones y gatos forasteros, y sobre todo, guardar la casa, el taller, ó la tienda, contra visitas no presentadas ni presentables. Tambien mover pequeñas máquinas de tornear piezas finas, limpiar cubiertos en hoteles ó asilos, servir al afilador, arrastrar carritos de frutas, de órganos, de encomiendas, etc.

Los perros que en mi casa proveen de agua corriente á todo el establecimiento reemplazan á un peon de 30 pesos mensuales, no rezongan, no faltan nunca, no se desconchaban, no arman camorra sino con los otros perros, no beben licores, no consumen yerba, ni galleta, no exigen buena comida y ademas hacen otros servicios, como agarrar las gallinas al cocinero, custodiar la casa de noche, ayudar á parar rodeo, etc.

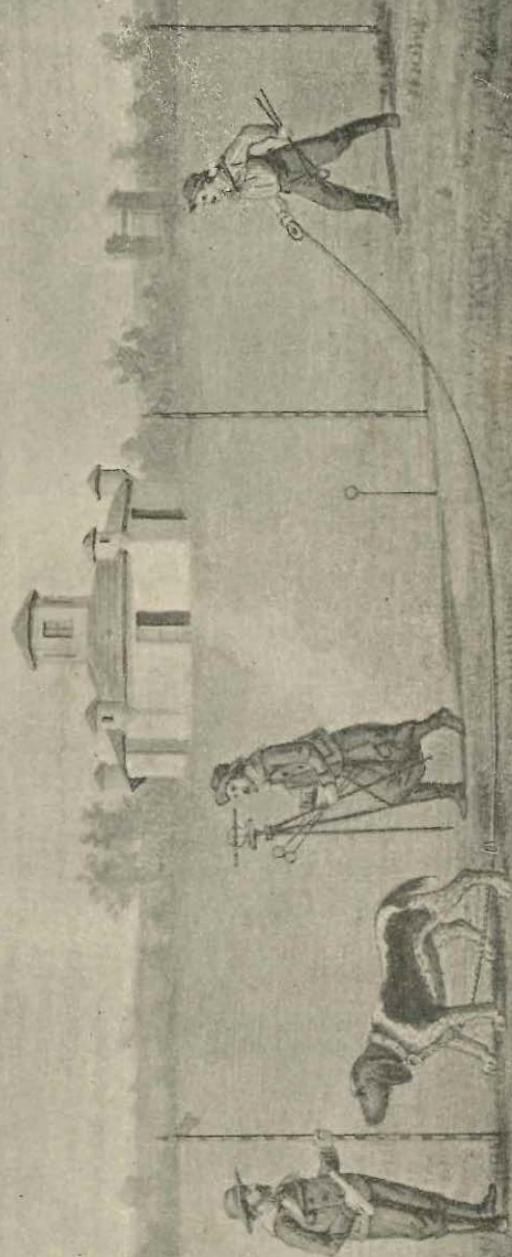
El perro ovejero

Un puestero mio, el alcalde Isidro Flores, tiene un perro que le reemplaza un peon de 25 pesos al mes. Cuida la majada, la dá vuelta cuando se vá lejos, le ayuda á arrearla, vigila de noche para que no entren zorros en ella y jamas mortifica ningun cordero. Es de mediano tamaño, pelo largo, negro, con manchas amarillas y alguna blanca en el bajo pecho, orejas medio caídas y con dos pintas amarillas en la frente, de esos que se dicen *cuatro ojos*. Se llama *Capataz*.

Otro puestero posee un perro criollo que es todavía mas vaqueano, pues el dueño vigila desde su *mangrullo* (1) las ovejas y lo manda á traerlas. Le hace señas con el sombrero y el perro entiende hacia el lado que debe ir. Cuando las recoje solo deja en el campo las enfermas y las que tienen cordero chico.

(1) Mirador rústico en los árboles ó el moginete del rancho

FANI IDONEA EN AGRIMENSURA



Pues esta novedad que á muchos causa maravilla, se halla consignada en un manuscrito Griego hallado en las ruinas de Herculano y publicado por Lantier bajo el título *Viages de Antenor*, quien refiere que habiendo ido á buscar al poeta Bion á su retiro campestre, le halló apacentando sus ovejas, y llegada la hora de retirarse á la cabaña: «*Hizo entonces Bion una señal á su perro, el cual recogió el ganado; y pastor, perro y corderos marchamos en buena compagnia.*»

En este, como en muchos puntos, ha dormido siglos la humanidad.

Otro puestero tiene un cachorro de la familia del *Capataz*, pero mas chicuelo y de oreja erguida, especialísimo para encerrar las ovejas y hacerlas pasar al trascorral: ladra sin cesar y á veces atropella y las muerde en el garrón, sin lastimarlas.

Estos servicios que pueden prestar los perros en las majadas, son de positiva importancia y economía. De ordinario, el *Capataz* y sus congéneres, permiten al amo ocuparse de sus quehaceres interiores y aun á veces ir á ganarse algún jornal en yerras ó trillas, ó desempeñar cualquier urgencia, bastando uno de la familia que se encargue de mandarle á repuntar de vez en cuando la majada. Ningún peón lo hará con más cuidado.

Cuando el sol está muy ardiente, ó por que la casonada camina mucho, ó por las sabandijas, en fin, por cualquier causa, la majada se esparce en el campo y se dificulta la marcha al recogerla, dos ó tres personas se necesitan y aún así cansan las cabalgaduras antes de encerrarlas.

El perrito entonces, corriendo de un extremo á otro y ladrando sin cesar, presta el servicio de dos hombres á caballo. Para la hacienda vacuna eso es prodigioso: un buen perro vale cuatro peones al recogerla.

Pero en donde los servicios del *Capataz* adquieren las proporciones de un verdadero salvataje, es cuando se arma una de esas tormentas de verano, que en un dia de sol rajante nacen de un pequeño punto negro en el horizonte, se extienden mugiendo,

como un sudario fúnebre en todo el cielo, y de su seno rasgado á intervalos por la luz flamígera precursora del rayo, se desprenden torrentes de agua, moles de menuda piedra que hieren como balas de rifle, dejando en pocos momentos, desgajados los árboles, arrasadas las sementeras, un tendal de pájaros y martinetas muertas, y á veces terneros y potrillos estropeados.

Las ovejas recien esquiladas, y los corderos tiernos, son incapaces de resistir un huracan de Enero. En una hora se pierde naufragio, el producto de todo el año.

Es necesario correr, correr mucho, correr todos para arrear presto las ovejas, y entrarlas al galpon, ó al corral, ó al grupo de árboles, ó cardal, ó maciegal á cuyo abrigo pueden salvarse. Las ovejas asustadas por la tormenta y contrariadas por el viento que la precede, remolinean, se amontonan, y se páran. ¡Se han perdido por solo esto más millones!

Aquí el perro *Capataz* es la providencia de ellas y del amo: corre, ladra, atropella, se traslada en segundos de tiempo á largas distancias y azuzado por la voz de su amo, obediente á su palabra, atento á su indicacion, no deja una sola pieza en media legua de superficie. La tormenta descarga en el momento que la hacienda menuda está al abrigo de sus funestos estragos!

Considérese cuánto destrozo, cuánta pérdida, cuánto desaliento para el pobre puestero, que se encuentra solo, impotente ante la tempestad, para defender el fruto de su trabajo, por carecer de un perro *capataz*, cuya enseñanza es un entretenimiento, mientras duermen quizás en la cocina, ó tiritan en las vizcacheras, muchos perros holgazanes, tan mal tratados como inútiles.

Su educacion es lo mas sencillo. Cuando nace amamántese en oveja si fuese posible, y sino desde chico arrímenlo á ellas. Ya cachorro, llévese con una cuerda de 10 á 15 metros, para ayudar á la encierra y azuzándolo con frecuencia, se hace ladrador y se le enseña fácil á atropellar las rezagadas.

Si hay zorros se le pone casilla junto al corral y que no le falte jamás la comida y cariño del amo. Hay perro que lleva la comida al que está atado.

Método de enseñanza

Lo primero que debe aprender el educando, es obedecer por su nombre, traer la pelota y algunos objetos que se le arrojen. No traerlos cuando quiera, sino cuando se le mande. Todo esto, jugando con él. Para enseñarle una cosa, discurrir uno el medio mas sencillo, y conducirlo dos ó tres veces á que lo haga, con dulzura, sin causarle temor.

Paciencia, constancia, cariño, golosina y látigo. Todo en dosis proporcionales y oportunas. Nada de palos y puntapiés, ni rabietas incontinentes: hay que educarse los dos.

Por ejemplo: para cerrar la puerta, cosa que aprendió *Fani* en dos minutos, le doy la voz de mando dos veces, la llevo á la puerta, le alzo la mano, empujo la puerta y cuando se ha cerrado le hago una caricia que ella me retribuye con evidente satisfacción; esto significa que ha comprendido. Me retiro, vuelvo á ordenarle, vuelvo á hacerle la operación y nuevamente á acariciarla. A la cuarta vez ya lo hizo sola. Si hasta la sexta no hubiese obedecido, habría tenido: primero un tiron de orejas, después el mimbre *en crescendo*; pero no fué necesario. Tampoco debe ser muy larga la lección, ni pasar de una cosa á otra en la misma sesión.

Para traer la salivera, le bajaba la cabeza poniéndola el hocico junto al mueble y después de hacerla empujar varias veces, moviéndole el hocico con mi mano, me pongo adelante tirándola del cuello con una cuerda, repitiendo siempre la orden y cuidando esté limpia la vasija, porque es muy delicada de olfato; para trabajar en la noria, entrarla al tambor y llamarla de adelante.

A medida que va aprendiendo algo, se nota la facilidad para aprender otras cosas. Hoy, cuanto me ocurre hace; basta que yo imagine el medio de hacerle comprender lo que deseo.

Sobre todo, no permito que nadie le hable ni distraiga en el trabajo—que ningun extraño la dé golosinas ó la acaricie. En tales casos la pego, ó la riño, ó la miro fuerte y basta.

Cuando la acarician hombres se retira con suavidad y prudencia, pues no es ingrata, y el confitero Allende interpreta que en tales casos Fani dice: —«Gracias, caballero; pero usted me compromete.» Con las damas se deja acariciar y retribuye, porque como se entretienen con sus gracias, y no son inclinadas á cazar con perros, la permito gozar esa sociedad inofensiva.

Yo sé bien que muchos han de conocer perros que hacen cualquiera de estas cosas y otras distintas. Pues bien, eso sirve para confirmar las facultades nativas de esta raza, para ser educada, sin que quite nada al mérito de *Fani*; pero que otro reuna todas las condiciones, con tanto desarrollo; que sepa las cosas y preste todos los servicios que ella, lo encontraría raro—no porque sea imposible, al contrario, sino por la indolencia humana—y porque no lo he visto en ningun libro.

Yo, solo he podido dedicar á esto ratos perdidos, pero que cuestan trabajo y fatiga.

Perdigueando

La caza de perdiz caracteriza la especialidad instintiva de esta raza, cuya manera de actuar apasiona al mas indiferente, y se la explicaré en breves términos por si lo ignora, quizá con la inconfesable esperanza de ver algun dia, por esta su casa, al gran protector de los animales con la escopeta al brazo, el morral bien lleno y el perro jadeando.

Mas si no fuera usted, habrá otros que quieran gozar un placer tan variado cuanto higiénico y provechoso, pues sabido es que un loco hace un mil; y vaya este cumplimiento á Paunero, que me enloqueció.

El moderno Nemrod sale al campo en carroaje, con su escopeta y su perro, llega al sitio donde sabe que hay perdices (sea un rastrojo) y se

interna á la ventura ó costea á su alrededor. La mejor hora es por la mañana y por la tarde.

El perro comienza á correr adelante, olfateando el terreno, describiendo curvas y círculos, sin alejarse mas de 25 á 50 metros de su amo, quien lo sigue con la escopeta preparada—de pronto toma una línea recta—es que se halla sobre el rastro de una perdiz que huye silenciosa y agazapada entre las pajas hasta encenderse bajo aquella mata mas espesa que mejor la oculta de su persecutor.

Ya cerca, la cola del *magiar* se agita como fusta en nerviosa mano y con la oscilacion lenta ó vivaz, anuncia si la perdiz es chica ó martineta.

De pronto la descubre á 3 ó 4 metros, en su guarida, y se detiene como petrificado por oculta acción, sin respirar, el cuerpo rígido, la cola tendida, y á veces con una pata en el aire sin llegar á sentarla.

Su mirada fascinadora fija en la presa con intensidad tanta, como si quisiera clavarla en aquel sitio. ¡Es una estatua en medio campo!

A esto se llama *parar la perdiz*.

El cazador se aproxima y (claro está) no vé nada allí donde el lince vé muy claro, pero á una palabra—*zus!* salta sobre el áve y la hace volar—el cazador la deja alejarse ocho, diez ó veinte metros, y cuando ha tomado línea recta en rápido volido á cinco metros elevada de la tierra, tiende la escopeta, vomita el rayo y cárrega desplomada en mitad de su carrera, dejando en el espacio un desparpamo de plumas.

El perro que no la ha perdido un segundo de vista, corre tras ella; si vé que se aleja demasiado conoce que «vá con mejor salud que antes» y se detiene manifiestamente tan contrariado como el cazador chambón; pero si cárrega, la trae en seguida sin moderla y la deposita solemnemente á los pies de su amo, como un homenaje á la soberanía: luego viene á recibir una caricia, único premio de su inteligente trabajo y vuelven á empezar con mayor ardor amo y perro la tarea.

A veces en el rastreo, la perdiz que se siente perseguida, en vez de ocultarse vuela.

Esta es la mas viva emocion del cazador, pues como vá preparado puede triunfar allí su habilidad —á lo cual se llama *levantar la perdiz*—y la física, la química, la mecánica, la balística y el arte, combinados por el ingenio humano, deciden á buen precio del destino de un pajarito.

Las perdices que se compran en el mercado, las matan los muchachos con una caña, pero, naturalmente, no tienen el mismo gusto que las otras!

En todo esto hay poco que enseñarle al perro de raza: nace sabiendo.

Solo es preciso acostumbrarlo á obedecer por su nombre, y sacarlo unos cuantos días, sujeto con un cordel de 10 ó 15 metros, á la cintura del cazador, para que no se aparte mucho en el rastreo, llamarlo cuando se aleja, mas sino obedece, un tirón del cordel.

MOROCK, hijo de FANI, de 8 meses de edad, salió una vez con cordel, y nada más. Es mas reposado y juicioso que su madre. Para los otros, mas ardorosos, serán necesarias hasta tres lecciones.

Despues se hacen tan apasionados cazadores que siguen con cualquiera que los llama: Su verdadero imán es la escopeta.

Me parece que el perro criollo aprende lo mismo.

Así es que, un perro de calidad, se transfiere y utiliza, como un utensilio del oficio. Pero esto solo debe hacerse con notables excepciones.

Aquí, en Pehuajó, hay un gran cazador, Carminati, que tiene carruages, y perros enseñados, en que sobresale VENUS hija de *Fani*, los cuales alquila á buen precio á los aficionados que vienen de Buenos Aires.

Pero esto no lo cuente usted á nadie, por que se levantarán empresarios en todas las estaciones, que nos inundaran de perros, como en Constantinopla, y nos dejaran eriales los campos de perdices.

Terminando, que ya es tiempo

Reflexionando sobre todo esto, creo que la Sociedad que usted con tanta abnegacion y acierto preside, llenaria uno de sus nobles propósitos,

instituyendo premios para los que indicasen nuevas y útiles aplicaciones de los perros, sin excluir otros animales, y al mismo tiempo explicaran los métodos mas fáciles para su educación y enseñanza.

Esos trabajos podrían imprimirse y repartirse entre los asociados, para que fomentaran su propagación.

Desde que el hombre imaginó servirse del buey, del caballo, del elefante y el camello, muy poco se ha ideado en este sentido.

Los perros arrastrando el trineo en las regiones del Norte, ejecutando salvajes en Terranova, desenterrando peregrinos en San Bernardo, y revelando en todos los países, todas las razas, no solo condiciones peculiares y nativas, sino facultades inteligentes y generalizadoras, dicen claramente que el hombre ha descuidado un elemento útil en este ser, capaz de ganarse el derecho de vivir.

Dos aldeanos, llevados de la ambición de ganar loterías, han operado una revolución casi, con las palomas viajeras, buscándoseles interesantes aplicaciones civiles y militares. Como dice Salomon en *Eclesiastes*: «Nada hay nuevo debajo del sol, y todo fué en los siglos que nos han precedido», pues en la antigua Grecia, hace lo menos 25 siglos que los aliados mensajeros eran igualmente utilizados por los dos grandes factores de la sociabilidad: la política y el amor.

Entre varios datos, recuerdo que Antenor, de Efe-so, refiere también que huyendo de Atenas por persecución de los areopagitas, comunicó á Las-tenia su paradero por medio de dos palomas que su amada le había dado con tal objeto, y llegaron á su destino de *una sola volada*.

¿Por qué no conseguiría Vd. algo parecido con los perros?

Ciertamente son muy pocos los libros de viajes que se pueden leer, tanto han desacreditado la especie las patrañas de titulados viajeros, que tal vez no salieron jamás de su bohardilla, como el famoso autor de «la novela del Egipto»; sin embargo, la referencia de que había en el Africa raza especial

de perros para cazar negros y reducirlos á la esclavitud, es indudable; una persona de mi relacion poseia en España un cachorro de esa raza, muy manso y dócil, pero que en viendo un negro lo embestia, sin poderlo contener: como Fani cuando vé una perdiz.

En Estados Unidos y en Brasil, los grandes cosecheros poseian jaurías adiestradas para perseguir en los bosques y pantanos á los esclavos fugitivos y reducirlos por la fuerza á su misera inhumana condicion; el perro es libre pensador: profesa la religion del deber y aunque no la proclama, la cumple sin discutir.

Del mismo modo los españoles, en sus luchas con los indígenas de América, usaron varias veces de estos bravos auxiliares en los desiguales combates que afianzaron la conquista.

Magariños Cervantes, describiendo una gran batalla contra las indios Charruas, cuenta en su memorable CELIAR:

Roja la sangre en el suelo
Corria formando chorros
Que los hambrientos cachorros
Se arrojaban á beber.

Y en infernal algazara
De sus dueños á las voces
A los heridos, feroces,
Destrozaban con placer.

En contraposicion á esto, notician algunas revis-
tas que en Alemania, en Rusia y otros países, los
de la CRUZ ROJA han ensayado educar perros que,
provistos de un ligero aparejo en que llevan aguar-
diente, agua y vendas, recorren el campo de ba-
talla auxiliando á los heridos. La cosa es fácil y
hacedera, pero la idea me parece diabólica. ¡Cómo!
¿Permitir que los perros deshagan la obra gran-
diosa de la destrucción del hombre por el hombre?

¡Qué Albarracines!

Podemos confiar, sin embargo, que los cruzados
de nuestra institucion no pensaran en tan sacrílego
atentado.... pero si pensaran echaremos una
manito!

Tan fervoroso protector de los animales como usted es, no ha podido hacer por ellos otra cosa que ayudarlos á *bien morir*.

Espero que con su dedicacion y constancia característica logre que muchos perros puedan vivir como los mios: gordos, contentos, mimados desde el amo hasta los peones, y protegidos como factor en diversas funciones de la vida.

Perdone si se me ha escurrido demasiado la pluma para solo decir lo que todos sabemos: que éste animal de tan bellas condiciones naturales, es además EDUCABLE Y UTILIZABLE.

En su cuidado pueden asociarse *caridad y provecho*.

Y como no faltarán almas caritativas que consideren fuera de centro nuestra inclinacion á perros, recuérdelles usted que no vamos en pobre compagnía, pues en ella se armonizan muchos grandes hombres, desde el libertino Alcibiades hasta los místicos católicos Santo Domingo y San Roque; y que aún las cucarachas y las arañas se prestan á observaciones serias: testigos Berg y Holemburg.

Recuérdelles Vd. tambien que no es personal ni moderna, sino antiquísima y de naciones civilizadas: pues una de las tres magnas divinidades de los antiguos Egipcios, *Anubis*, *Osiris*, é *Isis*, la primera, se representaba con cabeza de perro y en el suntuoso templo que le estaba erigido se criaban perros sagrados, á los cuales prestaban igual adoración que al Buey Apis y al Cocodrilo.

Entre la divinidad atribuida por aquellos sabios iniciados en los grandes misterios de las ciencias ocultas, y la brutalidad mecánica que proclama el materialismo actual, no se hallaria algun grado intermedio en qué fundar nuevos principios de verdad?

Lo saluda su muy adicto S. S.

RAFAEL HERNANDEZ,

S. c. en Bs. Aires, Charcas 1132.

